

VIAJE A LA CENIZA

DE SILLAS Y HOMBRES

Premio AAT de Teatro 2014

Alberto de Casso

PERSONAJES

AMA SILLA 3

AINHOA SILLA 1

IDOIA SILLA 2

La acción en un desván alto de un viejo caserío en el interior de las montañas de Guipúzcoa lejos del mar. Época casi actual.

ACTO PRIMERO

Salón-desván en el piso alto de un caserío aislado en una montaña del interior de Guipúzcoa. Principio de un verano triste, lluvioso y desapacible. La lluvia fina respira tras una ventana llena de vaho y vela el paisaje y los montes cubiertos con un sudario de niebla. Son las cuatro, pero parecen las nueve de la noche. En cuanto miramos un poco vemos que el desván conforma todas las estancias de la vivienda. Una cocina de butano y una pila de agua con un pequeño fregadero. Dos literas con el somier maltrecho y roñoso se alzan al fondo. Junto a estas, un tabique débil de madera mal enyesada separa el habitáculo de la madre y el baño.

En la litera de abajo una muchacha de unos 23 años, que representa diecisiete, con una flauta ensaya muy seria y tímida unas escalas, mirando las notas en un papel pinchado en el somier alto de la litera.

Entra su madre, una mujer consumida y desgarbada de 54 años, que pretende representar muchos menos en su forma de vestir, hablar y moverse, perpetuada en una adolescencia irredimible. En su nuca luce un nombre masculino tatuado con letras góticas.

Lanza una mirada rabiosa hacia el vacío y luego fulmina a su hija Ainhoa con sus pupilas aullantes, el cuerpo cristalizado en un ademán de furia, un puño cerrado que sostiene un papel y un sobre engurruñado, que acaba de leer. Su furia la embellece y le otorga un aire irreal de semideidad ofuscada por la ira a punto de ser transformada en una roca o una planta.

La hija la mira con una rabia templada, cuando su madre se acerca a la mesa y la golpea con el puño hasta desollarse los nudillos. Luego pone la carta en la superficie de la mesa, y empieza a aplastarla hasta que las palmas de las manos y las yemas de los dedos se enrojecen y le sangran las uñas. Uno de los pedazos se los mete en la boca hasta atragantarse de rabia. Se levanta arrastrada por un vendaval de cólera y empieza a gritar de dolor; a golpear los muebles, a tirar enseres, tomates, manzanas y cebollas al suelo y a derribar a las pobres sillas. Al final se desploma y se

*abraza entre sollozos a una de las sillas, la de aspecto más tosco y rústico.
Se hace el oscuro largo y tenebroso.*

SILLA 1: ¿Qué le pasó a la mujer? ¿Qué aire le dio?

SILLA 2: No sé... ¿Tú lo sabes?

SILLA 1: *(Con marcado tono indolente.)* Si no... ¿para qué lo iba a preguntar... con la pereza que me da... a-ho-ra... ha-blar?

SILLA 2: Llevaba un papel en la mano.

SILLA 3: No era un papel. Era una carta.

SILLA 2: ¿Una carta de la madre o una carta de la hija?

SILLA 3: Una carta de Ray el negro.

SILLA 2: ¿Estáis todas bien?

SILLA 3: *(Con voz rústica.)* Yo no.... estoy muy allá... que digamos... oye.

SILLA 2: ¿Qué te pasa, pues?

SILLA 3: ¿Alguien me echa una mano por San Roque bendito?

SILLA 1: Lo que es yo mano mano mano no te puedo echar, oye, ni por San Roque ni por la Virgen de Itziar. Como no me crezcan como por milagro. Pero como tú eres un poco tirando a campestre, a lo mejor te crecen brazos y te puedes levantar de un brinco.

SILLA 2: ¿Dónde estás?

SILLA 3: Aquí en el suelo bocabajo mordiendo el polvo. ¿Alguien puede ayudarme a levantarme? Creo que se me ha roto algo importante.

SILLA 1: Con lo bien hechas que estáis vosotras, las de aquí. ¿Quién lo diría?

SILLA 2: ¿Dónde estás? ¿Cerca de la cocina o de la nevera o del fregadero? Yo también me he quedado como sin norte, pues.

SILLA 1: Será porque nunca has estado orientada en tu maldita vida. No sabes nunca donde queda el mar ni donde la ciudad.

SILLA 3: No empecéis a discutir. Bastante tenemos con las hermanas y la madre.

SILLA 2: ¿No sé cómo va a acabar todo esto? Todo el día mirándose con sus ojos de ratón triste y mostrando sus dientes de mastín.

SILLA 1: No hay Dios que las soporte con sus envidias más negras que un pozo y sus amarguras más negras que otro... que otro... que otro... *(Poco ocurrente.)* otro pozo.

SILLA 3: Y que arrastran desde hace seis meses o más...

SILLA 1: Y todo el día desde que amanece hasta que anochece con cara de entierro.

SILLA 2: Ese dolor y esa amargura tiene un nombre propio. Un nombre de hombre.

SILLA 3: Y ese nombre tiene tres letras, pero suena como si fueran cristales machacados en los oídos de la madre y de las hijas.

SILLAS 1, 2 Y 3: Y ese nombre es RAY. (En eco) Ray. Ray. Ray. Ray. Rayyyy. Ayyyy

SILLA 3: Más conocido como RAY el negro, el de anchas espaldas...

SILLA 1: Parece mentira que un nombre tan corto acarree desdichas tan largas.

SILLA 2: Es que están muy solas últimamente las tres mujeres. Y con los tomates de la huerta apenas sacan dinero para vivir.

SILLA 2: La madre llora entre sueños. Y las hijas no se soportan Y tres mujeres solas y pobres...

SILLA 3: (*Muy lastimada quejándose.*) ¿Me ayudáis a levantarme?

SILLA 1: No te preocupes que pronto vendrá la Ainhoa, la de pechos tenues, erguidos y nobles, y te ayudará con lo buena, modosa y ordenada que es.

SILLA 2: Tan tranquilo está uno aquí que no sabe si está vivo o está muerto. El silencio de los cementerios. Pronto acabaremos en un vertedero o ardiendo en una fogata.

(Se oye una melodía titubeante de flauta.)

SILLA 3: Oye, primas, ya empieza la Ainhoa otra vez a tocar su flauta. Creo que lo hace para consolarse de sus penas. Es que es la que peor lo pasa. La pobre.

SILLA 1: La única que nos trata un poco bien. Ni nos hace crujir de arriba a abajo ni nos quema con sus cigarros ni nos arrastra ni tira al suelo.

SILLA 2: Bueno, menos sus conciertos de flauta... Tengo su flauta atravesada en las vetas de mis mismas entrañas. Y tampoco es tan santa. Si la conocierais bien. Las apariencias se engañan y no es hojalata todo lo que reluce.

SILLA 3: Desde que se fue Ray el negro, de anchas espaldas, esta casa se ha convertido en una olla de grillos.

SILLA 2: Oye... y si nos callamos un poco, que parece que viene la madre.... a sufrir de nuevo las humillaciones y la violencia de las hijas.

*En el salón- desván. La silla rústica caída en primer término. Mucha ropa y fruta tirada en el piso de madera. La sal gorda de la mala fortuna esparcida en la mesa, y una taza de cerámica destrizada en el suelo. La hija mayor está en lo alto de la litera, cubierto el rostro y el pecho, con una almohada. La otra hermana barre y ordena mansamente la vivienda. Levanta la silla derribada y la acaricia como si fuera un animal herido. Entra la madre con un capacho de vainas, tomates y berzas manchadas de tierra reciente del huerto, el pelo y la ropa mojados por el sirimiri inclemente e infinito. En la nuca, visible por sus dos coletas de colegiala, lleva un nombre de hombre escrito **Ray** en letras góticas. Se queda detenida frente a las literas y mira a sus hijas en silencio desconcertada por el desorden reinante.*

AMA: *(Habla con un deje extraño entre chicano, burgalés y vasco que hace suaves, dolidas e indecisas sus reprensiones maternas.)* Mirad qué pasote de tomates he recogido y qué vainas tan alucinantes, chicas. Me ha echado un cable vuestro... *(titubea)* friend François. Y le he regalado un tomate por ser tan enrollado. Un día tendríamos que invitarle aquí. ¿Sabéis...? Me ha pedido... me ha pedido... Ainhoa...

IDOIA: ¿Invitarle a qué, amá?

AMA: A tomar un chocolate con churros o picatostes.

IDOIA: A los franceses no les gustan los churros ni los picatostes. Solo comen queso y carne con guisantes. Estoy harta de los quesos esos con olor a socavón. Me apestan todas las blusas. Mejor le invitas a uno de tus porros, amá. Y así se nos pone a tono, ¿verdad, Ainhoa?

AINHOA: *(Enrojeciendo.)* ¿A mí que me cuentas? Si yo no fumo porros.

AMA: ¿Qué ha pasado? *(Pausa.)* ¿Qué hace toda esta ropa en el suelo, pues? *(Pausa.)* ¿Es que no pensáis responderme ninguna de las dos? ¿Qué es todo esto, Ainhoa?

AINHOA: Nada, amá.

AMA: ¿Cómo que nada? *(Ainhoa se encoge de hombros)* ¿Por qué está la casa hecha un campo de batalla?

AINHOA: Nada. Ya pasó. A tu hija le dio la ventolera.

AMA: ¿Ya pasó qué? ¿Qué hace esa silla en el suelo? ¿Se ha caído sola? ¿Ha habido un terremoto y se ha caído sola?

IDOIA: (*Imitándola entre murmullos.*) Teremotto. Teremotto. Hablas todavía como el cabrón ese. Dices la erre como una asquerosa yanki.

AMA: ¿Qué pasa contigo, desgraciada? Habla alto para que te oiga

IDOIA: No pasa nada conmigo. ¿Y contigo, Mary Sánchez? ¿Por qué te has puesto mi chaqueta vaquera para ir al huerto?

AMA: Perdón.

(*La amá se quita la cazadora y se la tira a la litera.*)

IDOIA: Ya es la cuarta vez que te la pones en un mes, Mary. Me la vas a dar de sí. Y encima me la has mojado toda con la lluvia y me la has manchado de barro y de mierda de vaca. ¿Te crees que esto es un mono para trabajar en el huerto? Si quieres quitarte veinte años, llévanos un día a Donosti a la Avenida, y allí te compramos unos trapitos y un palabra de honor para que luzcas todos tus tatuajes guays y supermodernos. Sobre todo el del cuello. ¿No sería bueno ya que te lijaras ese nombre que llevas tatuado en la nuca?

AINHOA: Idoia, no empieces como ayer, por favor te lo pido.

AMA: Déjala. Ni siquiera la he escuchado. Delira más que habla. A palabras estúpidas....oídos sordos.

AINHOA: Es a palabras necias, no estúpidas, amá.

AMA: Me la suda como sea. Yo hablo como me da la gana.

IDOIA: Mira, han sacado un producto químico para borrar los tatuajes. La putada es que cuestan 80 euros. Y con lo que sacamos ahora vendiendo tomates y vainas en los mercadillos de gitanos y moros no tenemos ni para un par de zapatos al año. Así que será mejor que uses lejía para borrar tu tatuaje de la nuca.

AMA: ¿Quién te ha dicho que yo quiera borrar mi tatuaje de la nuca? ¿Fuiste tú la que organizaste todo este desorden, verdad, Idoia?

IDOIA: No hay ningún desorden organizado que yo sepa. (*Murmura*) Salvo en tus neuronas.

AMA: ¿Y esa silla rota? ¿Y todas estas bragas y sostenes en el suelo y todas estas galletas aplastadas? ¿Has roto la taza de cerámica? La última taza.

IDOIA: Las cosas cuando se caen, se rompen. Fue un regalo de tu novio. Ray. Y solo quedaba esa. Mejor que se rompiera. Cuantos menos cosas de él, mejor.

AINHOA: No te preocupes, amá. Ya compramos un juego de tazas nuevas en el chino.

AMA: En el chino no compramos ni una vela para un velatorio.

(Pausa larga.)

IDOIA: No te gustan los chinos, pero *siii* te gustan los negros.

AMA: Estás mal de la cabeza.

IDOIA: Él era negro por si se te ha nublado la vista.

AMA: ¿Quién era negro?

AINHOA: Venga, Idoia. En serio. Déjalo ya. No está el horno para bollos.

IDOIA: El que nos sacó de Eibar y nos trajo a vivir a este caserío, a desmano del mundo, hace siete meses y nos dejó más tiradas que a unas perras. Ese que llevas tatuado en la nuca como una maldición.

AMA: Si te refieres a Ray... era mucho más blanco que negro. Solo su bisabuela materna era negra. Y a mucha honra. Una negra esclava que se dejó la vida en los algodones de Missouri. ¿Y qué pasa si era negro, medio negro o azul?

IDOIA: Desde que vivo en este caserío lo veo todo negro hasta la sal y la nieve, que nos deja aislados tres meses en invierno. Pero se ve que tenía unos buenos genes. Por eso tocaba tan bien la trompeta. Aunque parece que Ainhoa también ha heredado sus genes. ¿Y si no de dónde ha sacado tanta afición por los instrumentos de viento? Últimamente no para de tocar la flauta. Al final se tendrá que mudar con las gallinas, los tomates, las berzas o no nos quedará más remedio que quemarnos a lo bonzo.

AMA: ¿A qué viene hablar de Ray ahora? Y deja de meterte con tu hermana. Sabes que no sabe defenderse.

IDOIA: Alguna vez tendremos que hablar de ello. Mirar al toro por los ojos.

AINHOA: Se dice coger el toro por los cuernos, no, lo otro... como lo hayas dicho.

AMA: ¿Para que asuma qué?

IDOIA: Para que asumas que el hijo de puta ese nos arruinó la vida.

AINHOA: Idoia, ¿me ayudas a lavar los tomates?

IDOIA: ¿Hace cuánto que se fue Ray por esa puerta, amá?

AMA: No sé. No llevo la cuenta.

IDOIA: Seguro que Ainhoa sí que lleva bien la cuenta. ¿Cuántos meses hace que Ray salió por ahí sin decir adiós? ¿Eh, Ainhoa?

AINHOA: *(Se ruboriza.)* 18 semanas. Creo. Ya casi 19....

IDOIA: ¿Lo cuentas en semanas? Qué triste. Ainhoa.

AINHOA: ¿A ti qué te pasa, idiota? ¿No me has preguntado?

(Idoia se sienta en la silla 2 a caballo y esta tiembla y chirría.)

IDOIA: Estas sillas tiemblan como si se fueran a desintegrar. Podíamos tirarlas todas a la basura o quemarlas y asar unas chistorras con ellas. Tienen toda la tapicería desteñida y ya más de una vez me han rajado las medias.

AINHOA: ¿Y con qué dinero compramos otras? ¿Con tus ahorros, rica?

AMA: Esas sillas están bien donde están. Ray y yo las cogimos de la calle. Y concretamente en esa de madera...

IDOIA: Pues ya no me vuelvo a sentar en ninguna. A saber qué culo asqueroso de vieja pelleja o de mendigo se habrá sentado ahí.

AINHOA: ¿En esa qué, amá?

IDOIA: ¿Qué pasa...? ¿que no teníais ni cien pesetas para compraros una nueva? ¿Y tú, amá? ¿Lo cuentas en semanas o en horas y minutos?

AMA: ¿Estás recogiendo lo que ella ha tirado al suelo, Ainhoa? Alucino en colores.

IDOIA: *(La imita.)* Alucino en colores. Sigues hablando como una hippie trasnochada. A ver si maduras de una vez, amá. Si no fumaras tantos porros... al acostarte. Igual alucinabas en blanco y negro. Que es como se ve el monte con tanta lluvia y con tanta niebla desde aquí.

AMA: ¿Estás recogiendo toda la ropa de tu hermana? Alucino en colores.

AINHOA: No pasa nada, amá. No es la primera vez ni la última.

AMA: ¿Por qué tiraste la taza de cerámica al suelo?

IDOIA: No la tiré. Se me cayó.

AMA: Deja de recoger eso y que lo ordene tu hermana. Que limpie su propia mierda.

IDOIA: Mi propia mierda abulta mucho menos que la propia mierda de algunas que no cabe por esa puerta ni por esa ventana. Déjame santa Ainhoa. Ya acabo yo de recoger mi

propia mierda. Mis bragas y mis sandalias de chino. Hace más de seis meses que no estreno unos zapatos. Ni siquiera os acordasteis de mi cumpleaños. (*Mira a Ainhoa.*) Porque la propia mierda de algunas saben guardarla muy bien debajo del colchón.

AMA: (*Enervada.*) A mí no me hables así o te parto la cara.

IDOIA: ¿Cómo quieres que te hable entonces? ¿Quieres que te hable en inglés o que me fume tres porros contigo al acostarme y me ponga a cantar canciones de los Doors? Amá, al menos podías taparte el tatuaje de Ray llevando el pelo suelto, antes de que se te caiga. Para no estar tan ridícula.

La madre se acerca y le levanta la mano, pero le intimida la mirada lenta, verde y cruel de su hija. Idoia se toca la nuca provocativa, se derrama su pelo arrubiado sobre los hombros y luego se hace un moño clavándose las horquillas con rabia. La madre sale del cuarto perjurando en inglés.

AINHOA: Vamos, no discutáis más, que va a escuchar la familia francesa. Amá, ¿a dónde vas? (*Llamándola implorante.*) Amá.

IDOIA: ¿Tanto te importa la familia francesa?

AINHOA: Amá, ¿dónde vas? Ponte el chubasquero y las botas de agua si vas a salir. Puedes coger mi chubasquero y mis catiuscas. Está lloviendo cada vez más fuerte. Tendremos que recoger esta tarde los tomates. Si no, se van a echar todos a perder.

IDOIA: Contéstame. ¿Te importa mucho la familia francesa?

AINHOA: No es que me importe, es que no hace falta hablar a voces y que se enteren de nuestros problemas.

IDOIA: Sobre todo de los tuyos, ¿no? ¿De tus problemas?

AINHOA: No sé de qué me estás hablando. Yo no tengo problemas.

IDOIA: Entonces soy yo. Soy yo la única que tiene problemas en esta casa.

AINHOA: Tú sabrás.

IDOIA: Yo al menos lo reconozco. Desde que vivimos en este caserío aislado del mundo todo son problemas. Ya lo decía papá. Pueblo chico, infierno grande.

AINHOA: Esto no es un pueblo.

IDOIA: No es ni siquiera una aldea. No sé cómo puedes ser feliz en este sitio. Aunque feliz, no creo que lo seas, porque con esa cara que te traes y te llevas...

AINHOA: ¿Qué le pasa a mi cara?

IDOIA: ¿No extrañas la vida en Eibar? ¿No extrañas a tus amigas? ¿Los bares, los paseos, las tiendas de zapatos, el cine Coliseo, el botellón en la iglesia por las tardes? ¿No extrañas a tu novio?

AINHOA: No sé si extraño o no extraño. No me lo planteo y es mejor. Ahora toca estar aquí.

IDOIA: Yo te juro que otro invierno más no aguanto. Me vuelvo a Eibar y si tengo que trabajar de puta en un club de carretera, trabajo de puta.

AINHOA: No sabes ni lo que estás diciendo.

IDOIA: No aguanto más el frío, el puto sirimiri, los zapatos llenos de barro y la hierba mojada en los tobillos, el olor y la mirada de las vacas y el sabor blando e insulso de las vainas. Y encima todo por el hijo de perra ese de Ray... ese yanquie mulato que se empeñó en traernos aquí a disfrutar de las idílicas montañas vascas, de las mierderas repugnantes asquerosas montañas vascas...para luego dejarnos tiradas como a unas perras callejeras. (*Grita desesperada.*) ¡¡¡Si desde la ventana de nuestra casa en Eibar, se veían las montañas vascas, joder!!! ¡¡¡Si allí también solo había montañas alrededor!!!

AINHOA: Es mejor que no lo pienses más, Idoia, para no envenenarte.

IDOIA: Envenenada estoy desde que puse los pies en este caserío. Ni siquiera llega Internet y los móviles no tienen cobertura. Y ya tengo llagas en los huesos de andar cinco kilómetros para poder hablar por el móvil.

AINHOA: Hay un sitio desde donde se puede hablar aquí cerca.

IDOIA: ¿Hablas en serio? ¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

AINHOA: ¿Ves ese haya de ahí?

IDOIA: A mí háblame en cristiano.

AINHOA: ¿No sabes lo que es un haya, Idoia?

IDOIA: Pues no... no sé lo que es un haya, Ainhoa. ¿Me pierdo mucho?

AINHOA: La mayor parte de los árboles de este lado son hayas. ¿Ves ese árbol grande ahí en medio?

IDOIA: No, ¿dónde? Si aquí hay un millón de árboles.

AINHOA: La más alta de todas con una rama seca.

IDOIA: ¿Y ahí en el haya ese hay cobertura?

AINHOA: Bueno... más o menos. Tienes que subirte a la copa del árbol.

IDOIA: ¿Subirme a la copa del árbol? ¿Me has tomado por una mona?

AINHOA: No es tan complicado. Yo te ayudo si quieres.

IDOIA: ¿A dónde vas?

AINHOA: Voy a dar de comer al mastín.

IDOIA: ¿A Arrizabalaga? ¿No le diste de comer hace un rato?

IDOIA: Lo del mastín es una excusa. Antes nunca le dabas de comer. Desde que intentó morderte. No te atrevías ni a acercarte a un metro.

AINHOA: No sé de qué me hablas. Yo no tengo miedo a nuestro mastín.

IDOIA: (*La imita*) No sé de qué me hablas, santa Ainhoa virgen de las siete llagas sangrantes.

AINHOA: Las llagas no son de las vírgenes sino de los cristos para tu información. Y no son siete, sino cinco.

IDOIA: ¿Vas a aprovechar a ver si se asoma nuestro amigo el franchute y le vas a evangelizar a él también?

AINHOA: Voy a dar de comer al mastín. Solo eso.

IDOIA: (*Se acerca al ventanal.*) El otro día te vi en el huerto con él. Se os veía muy bien. La verdad. Muy compenetrados.

AINHOA: Estaba explicándole el proceso de cultivo de las vainas.

IDOIA: ¿Y él te estaba explicando el proceso de cultivo de los rábanos y los calabacines?

AINHOA: No tenemos rábanos ni calabacines en la huerta.

IDOIA: Qué pena. A lo mejor convendría que alguien los plantara ¿o no?

AINHOA: Creo que no es buena esta tierra para rábanos.

IDOIA: Ainhoa. (*Pausa*) ¿el día que tú naciste, se paró el mundo? Qué lástima, creo que el francés se ha metido para dentro. Aunque a lo mejor a quien estaba esperando era a otra. ¿No lo habías pensado?

IDOIA: Se ha echado una novia temporalmente. Una novia menos sosa y menos santa que tú y algo más práctica.

AINHOA: ¿Cómo lo sabes?

IDOIA: Y que sabe sacarle más jugo a la vida.

AINHOA: ¿Me dejas que limpie debajo de la mesa o lo haces tú? ¿Cómo lo sabes, Idoia? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Te lo ha dicho él?

IDOIA: Será que paso mucho tiempo en esta casa, los días se me hacen largos, me aburro de mirar por la ventana a la lluvia y estoy al tanto de todo.

AINHOA: ¿Es que le has visto con otra? ¿Le has visto con otra?

IDOIA: Sí, Ainhoa. Le he visto con otra. Con otra que conoces bastante bien.

AINHOA: Mira, me da igual. No tengo tiempo para tonterías. ¿Me dejas pasar?

(Idoia se acerca y muerde la oreja a su hermana y le deshace su moño.)

Me haces daño. Suéltame. Por favor, Idoia, suéltame.

IDOIA: Todavía no ha pasado nada. Pero creo que esta semana pasará.

AINHOA: Cómo te gusta hacerte la misteriosa para todo...

IDOIA: Ainhoa... no te enfades... por lo que te voy a contar.

AINHOA: *(Se tapa los oídos con un gesto de obstinación infantil.)* No me interesa que me cuentes nada. Te lo puedes ahorrar. No me cuentes nada. No me interesa.

IDOIA: El otro día le llamé para que me ayudara a abrir una ventana atascada. Y no tardó en subir. Tú estabas en tu clase de música y mamá en el mercadillo...

AINHOA: Te digo que no me cuentes. Guárdate para ti. No quiero saber nada.

¡¡ No quiero saber nada. ¡¡¡ No quiero saber nada!!! ¡¡No quiero saber nada de ti!!

(Ainhoa se tapa los oídos con los puños apretados. Idoia le coge por una muñeca mientras le susurra unas palabras que la hieren como un puñado de sal fina en una herida abierta. Ainhoa la mira con odio frío y templado en los ojos. Sale con la olla de la comida del mastín respirando vidrios. Idoia tira con violencia la escoba al suelo, revuelve con rabia sus prendas y sus zapatos viejos y vuelve a derribar la silla de madera. Oscuro.)

ACTO SEGUNDO

La estancia a solas. Una luz débil y plomiza de anohecida. Susurra el sirimiri en sordina su sinfonía lenta e interminable sobre las tejas del tejado. La silla rústica derribada como un despojo de guerra. Las otras dos sillas delante en actitud ausente y contemplativa. Empiezan a hablar con chistidos histéricos y luego elevarán el tono con sus voces agobiadas, aullantes y maltrechas de payasos lúgubres.

SILLA: (*Excitadas.*) ¿Estamos solas, primas? ¿Que si estamos solas? ¿Estamos solas?

SILLA 1: ¿Estamos solas? Pues sí estamos solas. Tan solas como la luna cuando no brilla en el cielo y nadie la ve.

SILLA 2: Tan solas como un roble antes del último hachazo.

SILLA 3: Tan solas como un brote de zarzamoras antes de ser engullido por una cabra.

SILLA 1: Malditos sean los porros de la madre y los cigarros de Idoia que nos queman.

SILLA 3: Ay.... Ay.... Ay...

SILLA 1: ¿De qué te quejas, colega?

SILLA 3: Otra vez me tiró al suelo la muy desgraciada. ¿Me ayudáis a levantarme, primas?

SILLA 1: ¿Cuándo has visto tú que una silla de ciudad pueda ayudar a otra de aldea a levantarse como si fuéramos cucarachas samaritanas? Ni en las películas de efectos especiales tú.

SILLA 3: Es que ya empiezo a estar harta del genio de Idoia. ¿Por qué siempre la coge conmigo? Estoy cansada de estar tirada en el suelo.

SILLA 1: La muy cretina nos quiere tirar a la basura y asar chorizos con nosotras. Y yo que viví año y medio en un chalet adosado con una interina filipina, que me quitaba el polvo con una elegancia asiática de muy señor mío.

SILLA 3: ¿Por qué siempre me toca a mí morder el polvo?

SILLA 2: Yo tengo una teoría, prima.

SILLA 1: Desembucha por la hucha.

SILLA 2: Porque eres la silla en donde siempre se sentaba Ray el negro, de anchas espaldas, y ahora en donde se sienta Ainhoa, la del pequeño culo apretado y leves pechos.

SILLA 1: Su ojito derecho.

SILLA 3: Como si le guardara luto.

SILLA 1: Luto no, burra, porque Ray no se ha muerto. Le guardará añoranza o morriña campestre. ¿Me he expresado bien?

SILLA 2: Ainhoa es la única de las hijas que no lo ha superado. Aparte de la madre.

SILLA 3: Ni que lo digas. Está todo el día hablando de Ray en su diario. Y mucho me temo...

SILLA 1: ¿Cómo lo sabes?

SILLA 3: ¿Cómo sé qué?

SILLA 1: ¿Desde cuándo una silla sabe leer los palotes que hacen los humanoides? Ya sea una receta de cocina, un recado del mercado, un fascículo para ser feliz, una estampita de comunión, un manual de bricolaje o un diario gratuito.

SILLA 3: Bueno... una a pesar de ser rústica y campestre, pues una ha desarrollado ciertos talentos.

SILLA 2: ¿Sabes leer, en serio, prima?

SILLA 3: Hombre, leer leer leer leer leer leer leer leer leer, lo que se dice leer con todas las letras...

SILLA 1: Se repite más que una piparra.

SILLA 2: ¿Entonces...?

SILLA 3: Puedo juntar algunas letras... Y además... noto a las claras cuando ella piensa en él. En Ray el negro.

SILLA 1: ¿Cómo lo sabes? ¿Se tira un pedo entre nostálgico, tierno y sentimental?

SILLA 3: Pues no. Pero se le enfurruña así el culo, le da un palpito en sus pechos leves, le sacuden tres tiemblos como un listón cuando es aserrado, suspira como una viuda de guerra y hace que cruja toda yo de cabo a rabo.

SILLA 1. ¿De cabo a dónde? ¿Oye, no te estarás humanizando?

SILLA 3: Si me ayudáis a levantarme os cuento otro secreto.

SILLA 2: ¿Y cómo quieres que te ayudemos, prima?

SILLA 3: Si os acercáis un poco y os inclináis, me puedo apoyar entre vosotras y la mesa y ponerme de pie.

SILLA 1: No vale la pena si luego va a venir la loca de Idoia y te va a tirar al suelo otra vez en cuanto discuta con la hermana.

SILLA 3: Un día me va a desgraciar para siempre. (Pausa.)¿Alguna me ayudáis a levantarme? Prima, ¿estás ahí?

SILLA 2: Estaba pensando, prima.

SILLA 1: ¿Y en qué pensabas, prima?

SILLA 2: Pensaba en lo que pensaba, prima. Vamos... vamos.... Vamos...Primaaaa levanta ese ánimo rústico.

(Entra Ainhoa con un libro sigilosamente y su flauta. Se sienta en la silla rústica, tras ponerla de pie y saca furtivamente una postal de dentro del libro que lee con ansiedad.)

SILLA 3: Lo que os decía.

SILLA 2: ¿Qué lee?

SILLA 3: Está leyendo una postal de Ray. El padrastro.

SILLA 1: ¿Cómo? ¿No había roto todo contacto con la familia?

SILLA 3: Pues no. Parece que con ella Ray el negro se mantiene en contacto.

SILLA 2: ¿Y qué pasará cuando lo sepa la madre?

SILLA 3: Mejor que no lo sepa. Ni la madre ni la hermana. Se puede armar una *tragisaineta clásica*.

SILLA 1: Seguro que la madre lo descubre. Le sigue los pasos bien de cerca.

SILLA 2: Bueno, ella ha tomado precauciones. La hermana y la madre están con el vecino francés en el huerto.

SILLA 1: ¿Y ella no se siente celosa? ¿Es que Ainhoa no está enamorada del francés hasta las mismísimas agallas?

SILLA 3: Ella tiene un corazón tan grande, que se enamora hasta de un caballo trotero, una cabra huérfana o de una mosca coja.

SILLA 1: No lo creo. Desconfío de ella. En un corazón grande cabe tanto el bien como el mal.

SILLA 2: La luz como la sombra. Lo blanco y lo negro. Lo pequeño y lo grande. El cielo y el infierno.

SILLA 3: La madre se acerca. Va a pillar a su hija leyendo una postal del americano.

SILLA 1: ¿Y qué dice la postal?

SILLA 3: No sé. Está escrita medio en inglés, medio en español y medio en vasco.

SILLA 1: Es que Ray el negro ese sabe más lenguas que un obispo.

SILLA 3: Ya entra la madre... Voy a ver si me remuevo un poco para avisarla.

SILLA 2. Dios lo quiera. *(Solemne.)* Pues lo que mal acaba, no puede empezar bien.

SILLA 1: Tú tienes un problema con los dichos. ¿Se te lían un poco, pues?

SILLA 3: Vamos a callarnos para ver cómo se desarrollan y evolucionan los *peripechos*, primas, que ya siento el aire trágico y denso que se puede cortar con un cuchillo.

SILLA 1: Que yo sepa los cuchillos sirven para cortar jamón o una cebolla o perejil... pero no el aire... Vosotras tenéis un problema serio con los dichos...

(La silla 3 se remueve para alertar a Ainhoa de la llegada de la madre. Ainhoa sufre un temblor sísmico que hace estremecer sus pechos leves. Mete la postal en el libro con precipitación nerviosa, luego la saca, le da la vuelta y la esconde más en el centro del volumen. Coge la flauta y empieza a tocar una melodía lenta, apagada y triste como el sollozo del sirimiri en una pradera de helechos. Entra la madre. Lleva un porro en la boca y se queda observando, burlona, a la hija. Luce una minifalda que muestra unos muslos maltratados por las varices. Luego se acerca y la besa con un beso pegajoso atufándola con una vaharada densa. Ainhoa desvía el rostro con firmeza y se aleja de su madre.)

AMA: ¿Qué haces aquí tan solita, *maitía*?

AINHOA: Ya ves.

AMA: ¿Ibas a tocar tu flautita de hada buena? ¿Y qué ibas a tocar?

AINHOA: Iba a ensayar.

AMA: ¿Por qué no saliste al jardín? ¿No nos oíste, pequeñaja? Por un momento salió el sol.

AINHOA: Tenía cosas más importantes que hacer. Había que limpiar la cocina y el baño. Amá, otra vez te has vuelto a poner mi minifalda. Sabes que me gusta reservarla. Cuando tengas un ratito, te la quitas, ¿bien?

AMA: ¿Por qué eres así, Ainhoa?

AINHOA: ¿Así cómo?

AMA: No sé. Así... No has cumplido 25 años y ya tienes el alma vieja. Y sin embargo tienes cara de niña.

AINHOA: No me veo el alma. Así que no sé cómo la tengo. ¿Oíste lo que te dije?

AMA: ¿Cómo llevas las clases de música?

AINHOA: Las llevo.

AMA: (*Mística.*) ¿Las llevas? ¿Y a dónde te lleva la música a ti? Esa es la gran pregunta. ¿A dónde le llevó la música a Ray?

AINHOA: No te sigo.

AMA: Pues échale imaginación. Prefiero no pensar en el alma desalmada de Ray. Pero si pienso en él solo le puedo imaginar de una forma. Tocando su trompeta en Hayd Park bajo los puentes rodeado de una corte de mendigos y yonkies moribundos que le miran atónitos.

AINHOA: ¿Por qué mendigos? El ganó bastante dinero con su banda.

AMA: En fin, creía que acabaría acostumbrándome... pero cada día que pasa es peor. Y lo que me resulta inconcebible es que después de dejarme la carta de despedida no haya sido para llamarme o escribirme ni una sola vez. ¿Cómo se puede llegar a ser tan ...? ¿Después de cinco años juntos?

AINHOA: No fueron cinco años lo que estuvisteis juntos, amá. Solo cuatro años y tres meses escasos.

AMA: ¿A ti qué te pasa? ¿Te dedicas a contarlos?

AINHOA: ¿Así que no te ha escrito en todo este tiempo? ¿Ni un correo?

AMA: No, no me ha escrito.

AINHOA: ¿Y no te preguntas por qué?

AMA: Me lo pregunto todas las mañanas cuando me levanto, y me ahogo, y se me llenan los pulmones de ceniza y cierro los ojos y me miro mi cara pálida en el espejo. ¿Es que tú también te lo preguntas?

AINHOA: Yo no tengo que preguntarme nada por ti, amá.

AMA: Es verdad. Cada uno es muy dueño de hacer o deshacer su vida como le conviene. Dejemos el tema (*Fuma el porro con una calada doliente.*) ¿Quieres una calada?

AINHOA: Ya sabes de sobra que no fumo. Me vas a quemar la minifalda. ¿Por qué no te pones ropa de casa?

AMA: (*Herida.*) Pues a lo mejor si fumaras verías el mundo de otra manera...

AINHOA: ¿De qué manera?

AMA: Me da la sensación que ves el mundo como Arrizabalaga, nuestro mastín.

AINHOA: No te sigo.

AMA: En blanco y negro.

AINHOA: ¿Algo más? Me gustaría ensayar. Con la limpieza de la casa no tuve tiempo de hacerlo hasta ahora. La lavadora está dando problemas otra vez. Si se rompe, no sé de dónde vamos a sacar el dinero para arreglarla. Le debemos varios meses a la familia francesa del alquiler. Ya no sé qué cara poner cada vez que me encuentro con el padre.

AMA: Podíamos pagarles en especie... como hace Idoia.

AINHOA: ¿Cómo en especie? ¿De qué hablas, amá?

AMA: Hablaba en broma... no hace falta que te pongas colorada como un tomate.

AINHOA: Estoy colorada de estar todo el día en el huerto. Idoia podía echar una mano.

AMA: Ya sabes cómo es tu hermana. No se puede manchar las uñas de barro. AINHOA: Pero luego bien que se come los tomates y la lechuga y las ciruelas y se compra zapatos y bragas con lo que sacamos en el mercadillo de los martes.

AMA: Cuando vendamos la furgó de Ray, le pagaremos los tres meses atrasados.

AINHOA: No entiendo por qué hay que vender la furgoneta de Ray.

AMA: Me trae demasiados buenos recuerdos. Por eso hay que venderla.

AINHOA: No son tres meses, son cuatro ya con este los que debemos. Por todo te pones sentimental.

AMA: Lo que te dije. Se ve que cumples los años de siete en siete. Como nuestro perro. Tienes 23, pero tienes el alma vieja.

AINHOA: Si no fumaras tanto a lo mejor decías cosas con más sentido. Y quítate mi minifalda de una vez, ¿cómo te lo tengo que decir? Me la vas a quemar con tus malditos porros, como hiciste con la otra.

AMA: *(Quitándose la minifalda simulando un strip-tease lánguido y contrahecho. Se queda en bragas) Tarara-ra-ra-ra-ra y ra y más.. ra-ra-ra rarará...*

AINHOA: Amá... a veces no sé si lo sabes... eres... eres... eres...

AMA: ¿Cómo soy? Tú que eres tan culta y lees tanto... dime uno de esos adjetivos tremendos que te encanta usar.

AINHOA: Prefiero... quedarme callada.

AMA: Es que es difícil tomarse la vida como tú te la tomas. Con una coraza de púas. Pues es bueno que la vida te sorprenda y te arrastre como un río violento... Pero tú prefieres no mojarte y mirarlo todo desde la orilla ¿que no?

AINHOA: Creo que no me conoces.

AMA: ¿Desde que cumpliste 14 años cuántos días te has sentido mínimamente feliz en este asco de mundo, Ainhoa?

AINHOA: ¿Mínimamente feliz?

AMA: Mínimamente feliz

AINHOA: Mínimamente feliz, no sé. Bastante feliz, algunos.

AMA: *(Liándose otro porro tras una pausa.)* Estuvimos tu hermana y yo con tu... bueno... con vuestro amigo François. Preguntó por ti.

AINHOA: ¿Preguntó por mí? Muy bien, pues dale recuerdos, cuando le vuelvas a ver...

AMA: Cada vez me parece que está más buenorro ese chico. Yo si fuera vosotras no dejaba pasar ese tren.

AINHOA: Soy joven, aunque según tú tenga el alma vieja. Y tranquila que aquel que me interese, no lo voy a dejar pasar. ¿Dónde anda Idoia?

AMA: Me imagino que sigue con él... *(Insinuante.)* Estuvimos en la huerta. *(Pausa. La mira burlona.)* Mira ahora se te cambió la cara.

AINHOA: Si tú lo dices... ¿Y qué hacíais en la huerta?

AMA. *(Le muestra el porro.)* Nos fumamos una buena trompetilla con Ray.

AINHOA: ¿Con Ray?

AMA: Digo, con François. ...perdón... (*Ríe ante la confusión*) Últimamente se me confunden los nombres. Hoy llamé Ray varias veces a mi colega senegalés del mercado, el que vende libros usados. Hoy me miraba con unos ojitos de leopardo...

AINHOA: A Ray no le gustaba fumar porros.

AMA: Al final.

AINHOA: ¿Cómo al final?

AMA: Al principio sí le gustaba.

AINHOA: Nunca le gustó, amá. Y tampoco le gustaba que tú los fumaras.

AMA: Y por eso me comedía con él.

AINHOA: No te comedías nada. Le tenías de los nervios.

AMA: Trataba de no fumar delante de él.

AINHOA: Daba igual. Te lo acababa notando en el aliento.

AMA: ¿Qué dices?

AINHOA: Nada, amá. No digo nada.

AMA: ¿Por qué me miras así?

AINHOA: Me gustaría ensayar un rato con mi flauta.

AMA: ¿Y quién te lo impide?

AINHOA: Tú me lo impides. No haces más que hablar... y distraerme.

AMA: Adelante. Ensaya todo lo que quieras hasta que te salgan llagas en los pulmones.

AINHOA: No puedo ponerme a ensayar si te quedas mirando ahí en bragas como un pasmarote. Y acaba ya de fumar ese maldito porro. Estás envenenando el aire. El otro día me quemaste una blusa mía y hoy casi me quemas la minifalda. No te entiendo, amá. Eres peor que una adolescente.

AMA: Pues mejor para mí.

AINHOA: ¿Cómo se te ocurre invitarle a nuestro vecino a fumar un porro en el huerto? Todavía no tiene 18 años. ¿En qué estabas pensando? Es un crío.

AMA: Yo empecé con 14... o no ¿fue con 12? Y a beber vino... empecé con 11. ¿Sabes quién me enseñó? Mi abuelo... Me hizo beberme tres vasos de vino de una tacada. No quería que a su nieta del alma cualquier gañán le desflorara su coñito ingenuo y fresco por beberse un vaso de sangría... Y no le sirvió de mucho... Fui yo quien emborrachó a mi primer noviete con 13 años... para que...

AINHOA: Amá, me lo habrás contado como 50 veces. Lo de tu desfloramiento precoz.

AMA: No fue precoz, fue cuando debía ser... ¿Y tú? ¿Tú no me lo has contado nunca que yo sepa...? Todavía tengo mis dudas de que...

AINHOA: Pues sigue con tus dudas, si te hace feliz.

AMA: Yo no entiendo, en serio, como no os merendáis vivo a ese chavalín. Yo si fuera vosotras me habría ya dado varios revolcones con él en el molino viejo.

AINHOA: El molino viejo está lleno de ortigas y de bostas de vaca y vive una cabra loca dentro que no hace más que berrear. Amá, un día nos vas a buscar un problema con tus niñerías.

AMA: A esta silla le convendría una mano de pintura. Mañana la lijaré. Y esa de ahí...

AINHOA: Esa de ahí tiene varias quemaduras de tus porros y de los cigarros de Idoia. Tendríais que ser un poco más cuidadosas.

(Entra Idoia fumada con un queso envuelto riéndose y tapándose la nariz.)

IDOIA: Qué mal huele este queso francés. Menos mal que estás tú para cuidarlas. Esas sillas habría que echarlas a la basura.

AMA: *(Acercándose a la silla rústica y acariciándola.)* Pues esta silla podría contaros... el mejor polvazo de mi vida con Ray...y no hablo solo de placer físico. Fue más espiritual que físico. Hubo una comunicación como mística. Se me puso la misma cara que a Santa Teresa cuando le daban ataques de...éxtasis... en el cuadro ese famoso...de... de quién era ese cuadro... ¿De Velázquez... o de Murillo?

IDOIA: Así se ha quedado la pobre... que cruje toda, como si fuera epiléptica, desde que el negro Ray llevó en esta silla a la amatxo al séptimo cielo. ¿Cuántas veces lo habrás contado, tía?

AINHOA: Si no lo ha contado quinientas, no lo ha contado ninguna.

IDOIA: Déjala si le hace feliz. Amá, este otoño vamos a entrar en un chat caliente para buscarnos un novio que nos haga felices. Y luego le preguntamos si tiene un hermano o un primo cura para Ainhoa.

AMA: Creo que me voy al sobre a sobar con un porrete. Me está entrando un muermo muy feo.

AINHOA: Tienes ya todas las sábanas y el colchón lleno de quemaduras de tus asquerosos cigarros de marihuana. Un día vas a prender fuego al colchón...

AMA: Y arderemos todas en el fuego purificador...como si fuéramos *sorguiñas* en un aquelarre. No me queda más maría, qué putada. Mañana tendremos que recogerla del huerto. Y encima mi mechero guay se me ha quedado en la furgó. ¿Vas a por él?

AINHOA: Un día te vas a dejar la cabeza o algo más valioso en la furgoneta.

AMA: ¿Qué pasó en casa de François, Idoia?

IDOIA: (*Fumada.*) Bueno... pues... después de la trompetilla que nos fumamos en el huerto a François le entraba la risa por todo y yo también me meaba. Imagínate que los padres estaban muy serios viendo en la tele un accidente múltiple que hubo en Francia y François se puso a reírse como un condenado. Me miraba y se reía de todo. De los coches hechos chatarra, de una abuelita con una herida en la frente, de su hermana cosiendo el jersey para el gato, de la forma de los pistachos que se comía, del ruido de sus tripas, del ladrido del mastín... y de los ronquidos que pegaba su madre frente al televisor. Luego me acompañó hasta la salida... y bueno...

AMA: (*Se sienta a caballo sobre la silla rústica con la cabeza laxa.*) ¿Te pegó un muerdo, tía, que te puso a tono?

IDOIA: ¿Cómo un muerdo?

AMA: ¿Que si te besó en la boca?

IDOIA: No me apetece contártelo delante de ella.

AMA: No te preocupes. Ella es una experta en dejar pasar trenes.

IDOIA: Me mira con cara de culebra.

AINHOA: Por mí no te cortes. Puedes recrearte en los detalles. Me da tanto asco nuestro vecino como a ti ese queso. Y todavía más después de haber estado contigo.

IDOIA: ¿Seguro? Pues antes bien que lo espabas y te hacías la encontradiza.

AMA: ¿Qué pasó, Idoia?

IDOIA: Bueno, pues empezó a besarme un poco tímido, dándome besitos de pez, así bluff, bluff... y sin apenas sacar la lengua....

(Idoia pone los labios en forma de ventosa. La madre le imita y ambas se ríen.)

AMA: Un francés que no sabe besar es como un chino que no come arroz o un caribeño sin ritmo en el cuerpo o un vasco que no le gusta andar por el monte... ¿Qué más...?

IDOIA: *(Entre risas.)*...y a tocarme la teta derecha, y cuando ya me estaba quitando el sostén, entonces, al muy torpe, le entró un ataque de hipo y empezamos a reírnos como cabras... y se nos bajó el calentón.

AMA: En qué momento más chungo, chavala... ¿qué no?

IDOIA: Amatxo, dile a tu hija que no me mire así. Se le ponen ojos de diablo.

(La madre coge el libro de Ainhoa, como para darle un golpecito cariñoso y se desprende del mismo una postal. La madre la coge.)

AMA: ¿Y esta postal?

AINHOA: Es mía, amá. ¿Me la puedes dar?

AMA: Qué chula. Una foto de un mendigo tocando un blues en un vertedero.

AINHOA: Dame la postal, amá.

AMA: ¿Por qué tanta prisa, Ainhoa? Mira, se le ha cambiado la cara.

AINHOA: Dámela. No es de tu incumbencia.

AMA: ¿No se le ha cambiado la cara, Idoia?

IDOIA: Seguramente. Tiene más caras que un camaleón.

AINHOA: ¿Me la vas a dar, amá?

AMA: *(Dándole la vuelta)* Pues me parece que sí es de mi incumbencia.

IDOIA: ¿De quién es esa postal, amatxo?

AMA: Imagínate de quién es, Idoia. Imagínatelo. ¿Desde cuándo Ray te manda postales, Ainhoa?

AINHOA: Él no me manda postales.

IDOIA: ¿Por qué no la lees?

AMA: ¿Y esto qué es? ¿Una estampita de la virgen de Arrate?

AINHOA: Es la primera postal que me ha mandado.

AMA: ¿Y por qué no me habías dicho nada?

AINHOA: Quería evitarte... quería evitar que lo pasaras mal.

AMA: Así que santa Ainhoa quería evitar que lo pasara mal. Sabes de sobra que es lo más importante para mí. Saber de él, aunque sea una sola palabra. Una sola palabra. Saber si Ray está vivo o está muerto.

AINHOA: Está bien, amá.

AMA: ¿Te lo dice aquí?

AINHOA: Bueno, no dice mucho. Pero por la postal se ve que está bien.

IDOIA: Léela, amá.

AINHOA: Por mí la podéis leer... No me dice nada especial.

AMA: ¿No te dice nada especial que no podamos saber?

AINHOA: Si quieres te la leo... para que veas... que lo único es que manda recuerdos para todos...

IDOIA: ¿Nos manda recuerdos para todos y no nos dices nada?

AMA: Está escrita también en inglés. ¿Puedes leerme esta puta postal, Idoia? No sé dónde tengo las gafas.

AINHOA: Las gafas te las dejaste en la furgoneta, amá. Y han llegado ya también las dos multas de este mes.

IDOIA: ¿Te han puesto otra multa, tía?

AINHOA: Sí y conviene pagarla pronto. Nos descuentan la mitad. Pensaba ir mañana.

AMA: ¿Y con qué dinero pensabas pagarlas?

AINHOA: De mis ahorros. Bueno, pensaba pagar una al menos.

AMA: ¿Y cuánto tienes ahorrado?

AINHOA: Bueno, eso es cosa mía.

IDOIA: ¿Te saltaste otro semáforo, amatxo? Ya van cuatro multas en un mes. Nos vamos a arruinar.

AMA: Sí me salté el semáforo. ¿Y quieres saber por qué me salto siempre ese semáforo? Porque estaba pensando en el hijo de puta ese que desde que se fue no ha dado señales de vida y que por lo visto se cartea con tu hermana. ¿Quieres leerme la postal de una vez?

IDOIA: La parte ésta que está en inglés no la entiendo muy bien.

AMA: Pues la lees en inglés y la lista de tu hermana nos la traduce. Que para eso aprendió tanto inglés los meses que estuvo aquí conviviendo con Ray.

AINHOA: Si quieres la leo yo.

IDOIA: ¿Empiezo ya?

AMA: Sí, por favor. Y tú no te vayas. No sea que te necesitemos para traducir.

AINHOA: Quería irme a ensayar.

IDOIA: ¿Empiezo o no empiezo? *My dear Ainhoa... hace algún tiempo que no sé de ti.*

AMA: ¿¿Hace algún tiempo que no sé de ti??

IDOIA: *(Leyendo.)...espero que hayas progresado mucho con la flauta y la toques como una virtuosa.*

AMA:... como una virtuosa...

IDOIA: *(Leyendo.)... para que un día puedas entrar en mi banda.*

AMA: ¿Para que un día puedas entrar en mi banda?

IDOIA: Si lo vas a repetir todo...

AINHOA: Es un chiste, amá.

AMA: ¿Un chiste? ¿Y dónde está la gracia? Porque no lo cojo.

IDOIA: ¿Sigo? ¿Qué pone aquí? ¿Qué es *take care a lot*?

AINHOA: Cuida mucho de...

IDOIA: *(Leyendo.)* Cuida mucho de tu amá y... ¿Qué pone aquí?

AINHOA: Compli... bueno compleja..

IDOIA: *(Leyendo.)* Cuida mucho...de la complicada de tu hermana... y de la.... ¿qué significa *dull*....?

AMA: ¿*Dull*? Muñeca... ¿no? ¿Así que alguien es su muñeca? ¿Te llama muñeca a ti Ainhoa? ¿Es que eres su dulce y santa muñeca? *(Gritando.)* ¿Me lo quieres decir de una vez?

IDOIA: No. Eso es *doll*, con o... y aquí pone “de, u, elle”. *Dull*. Con u. ¿Qué significa, Ainhoa?

AINHOA: No lo sé... Ahora no me acuerdo...

IDOIA: ¿No te acuerdas?

AINHOA: No, no me acuerdo.

IDOIA: ¿Dónde está el diccionario?

AMA: Aquí lo tienes.

(Idoia busca en el diccionario. La página está rasgada en una esquina.)

IDOIA: Maldita sea, amá. ¿Por qué rompes el único diccionario que tenemos para hacerte los filtros de tus porros?

AMA: Está roto. ¿En serio?

IDOIA: Y ahora ya no me entero de lo que el negrata ese me estaba llamando. Seguro que me está poniendo de vuelta y media. Pues, ¡su padre!, por si acaso.

AINHOA: ¿Ya habéis terminado?

AMA: No, no hemos terminado.

IDOIA: *(Leyendo.) ... y no te pelees con ella. Cuida de ellos y que el Dios en el que tú y yo solo creemos cuide de los tres. Si necesitas algo, me lo dices.*

See you soon. With all my love. Ray.

AMA: Hasta pronto. Con todo mi amor... ¿Y cuál es ese Dios en el que solo creéis vosotros dos... si no es indiscreción?

AINHOA: Ya sabes cómo era Ray, amá. A todo le sacaba punta.

AMA: Creía que sabía cómo era Ray, pero ahora ya no estoy tan segura. ¿Seguro que esta es la primera carta que te ha escrito Ray?

AINHOA: No es una carta. Es una postal y estaba dirigida a todas.

AMA: Si hubiera estado dirigida a todas, me la habría mandado a mí.

IDOIA: En el encabezamiento solo está tu nombre.

AINHOA: Pensaba enseñárosla. Solo que no me habéis dado tiempo.

AMA: Llevas más de dos semanas con esa postal, Ainhoa. ¿Dónde la guardabas? ¿Debajo de la almohada?

AINHOA: La tenía dentro de ese libro.

AMA: ¿Dónde te la mandó? Aquí no pone la dirección.

AINHOA: Iba dentro de un sobre.

AMA: ¿Dónde te la mandó?

AINHOA: Aquí. A casa.

AMA: ¿Y qué ponía en el sobre? ¿Ponía mi nombre?

AINHOA: *(Sale hacia la puerta.)* No, no ponía tu nombre.

IDOIA: No sé cómo ese cerdo puede quitarte el sueño, amatxo. Lo tienes que olvidar.

AMA: En eso estaba. Tratando de olvidarle.

IDOIA: Ese miserable cabrón no merece una lágrima tuya.

AMA: No le llames así, por favor. Yo tengo mil razones más que tú para maldecirle y cagarme en sus vivos y en sus muertos, y me aguanto.

IDOIA: La diferencia es que tú todavía estás enamorada de él.

AMA: *(Mirando a Ainhoa como si la quisiera fulminar.)* ¿Y soy solo yo? ¿Soy solo yo la que sigue enamorada del miserable de Ray?

La madre levanta la silla de madera, se abraza desesperadamente contra ella, y luego se cae al suelo y se pone a sollozar como una niña enrabiada. Ainhoa se sienta y toca su flauta impía sin mirar a nadie. Idoia la mira sin saber cómo reaccionar. Acude a levantar a la madre. Esta le hace un gesto para que la deje en paz, en el suelo, aferrada a la silla rústica en donde Ray la llevó al séptimo cielo.

ACTO TERCERO

Las tres sillas están colocadas boca abajo encima de la mesa. En frente del público, en el lado posterior de la mesa, la silla rústica. En los lados, la silla 1 encabezando a la derecha y la silla 2, a la izquierda.

SILLA 2: ¿Cómo lo lleváis, primas?

SILLA 1: Yo bastante mal. Se me sube la sangre a la cabeza.

SILLA 3: Qué debiluchas que sois las sillas de ciudad, oye. Todo os mareará.

SILLA 1: Quién habló. Después de que el negro Ray, el de anchas espaldas, se montara a la yegua triste de la madre encima de ti, se te quedaron temblores de sauce llorón.

SILLA 2: Es todo por culpa de la Ainhoa... que con su manía obsesiva de la limpieza, ahora le da por ponernos todas las noches boca abajo.

SILLA 3: Así no se te suben cucarachas ni hormigas al asiento.

SILLA 1: Pero tengo que tragarme la ceniza de los cigarrillos en el mantel de hule. Odio el olor a ceniza con toda mi santa rabia.

SILLA 2: Primas, ¿Por qué no os calláis un rato?

SILLA 3: ¿Pasa algo?

SILLA 2: Sí, pasa. Que quiero conciliar el sueño. Entre vosotras y el chillido de las gaviotas no puedo dormir.

SILLA 1: Yo es que así no puedo dormir. Se me sube la sangre a la cabeza.

SILLA 2.: ¿Qué sangre?

SILLA 3: ¿Y qué cabeza?

SILLA 1: Es una forma de hablar. Como otra cualquiera. Es que no puede uno abrir la boca.

SILLA 3: ¿Qué boca?

SILLA 1: Me tenéis hasta los mismísimos...

(Pausa. Las sillas 1 y 3 se hacen guiños cómplices y empiezan a reírse a mandíbula batiente. La silla 2 de la risa se cae de la mesa y se queda de costado. Su risa degenera en un alarido.)

Lo tienes bien empleado... cabroncilla, por tomarme el pelo. ¡¡¡Y el que me pregunte qué pelo, le pego una patada en la boca del estómago y le saco un ojo y le hago vomitar todos los dientes!!!!

SILLA 3: Oye qué envidia, prima... ¿Cómo te bajaste de la mesa?

SILLA 2: Pues no sé el cómo, aunque sí sé el por qué. Parecer ser que al reírme, me dio como un mareillo, o sea un pequeño vahído como consecuencia de una alferecía posterior procedente de un síncope antecedente y ya ves tú la consecuencia final, ¡¡oye la hostia!! que me desplomé en proceso de soponcio por mi propio peso. Pues.

SILLA 1: Muy buena explicación, doctor Síntesis.

SILLA 3: Es que la risa es siempre buena consejera.

SILLA 1: Que no es la risa, gilipuertas. Es la prisa. Y no es buena, es mala. Os voy a acabar regalando un libro de dichos sentenciosos, por vuestro cumpleaños.

SILLA 2: Pues yo tengo aquí unos picores de carcoma, que me tienen en un sinmorir. ¿Alguien me puede rascar el lado derecho del respaldo?

(La silla 3 baja de un salto con una exclamación de acróbata circense.)

SILLA 1: Oye, ¿cómo hiciste ese volatín campestre tan estiloso?

SILLA 3: Pues no lo sé. No me digas que lo repita.

SILLA 2: Alguien me ayuda, creo que me he roto algo.

SILLA 1: Entonces, estás igual que la Idoia...

SILLA 3: ¿Qué le pasó?

SILLA 1: Se subió a lo alto del haya, para llamar a sus amigas de Eibar y se cayó y se rompió el brazo derecho.

SILLA 2: Y desde entonces su humor es tan negro, que te fulmina con la mirada. Aunque mucho peor está la madre. Al borde de la locura. Se muerde sus propios puños.

SILLA 2: Yo no creo que esté loca. Solo está resentida. Y quiere vengarse. Y ya sabemos que la venganza es un plato que se sirve... (*dudando...*) que se sirve... que se sirve... tibio. ¿O era caliente?

SILLA 1: Hace más de dos semanas que no dice ni buenos días a su hija Ainhoa.

SILLA 2: Y que no se lava ni la cara ni el cabello.

SILLA 1: Y por la noche llora en sueños nombrando a su hijo muerto por un maldito descuido.

SILLA 3: ¿Y quién es ese hijo y cuál es ese descuido?

SILLA 2: Pronto lo sabremos.

SILLA 1: El otro día las oí decir que pronto iban a dejar el caserío. Y que iban a volver a la ciudad.

SILLA 3: ¿Y qué van a hacer conmigo?

SILLA 2: La Idoia dijo que si no volvían antes de su santo a Eibar, iba a quemar el caserío.

SILLA 1: Yo creo que Ainhoa se guarda muchas cartas debajo de la manga. ¿Tú sigues leyendo su diario?

SILLA 3: No, últimamente no escribe nada. Pero hoy ha recibido una nueva carta de Ray el negro, el de anchas espaldas. Y no la guarda debajo de la manga, sino que la ha dejado a la vista en su cama.

SILLA 2: Está claro que lo que termina mal, no puede acabar muy bien.

SILLA 3: Esa carta no sería bueno que la viera la madre.

SILLA 2: ¿Por qué lo dices?

SILLA 3: Porque entonces será ella, la que nos destruya a todas con su rabia desdichada. Y no va a quedar de nosotras ni un pobre rastro de ceniza.

El cuarto en penumbra iluminado con la luna intranquila de madrugada. Se oye la algarabía quejumbrosa de las gaviotas ahuyentadas por las mareas vivas de septiembre. En las literas duermen las hermanas. Idoia, ahora en la de abajo, se remueve muy agitada y perjura. Se vislumbra apenas un

brazo escayolado. A veces llega el llanto dormido de la madre en el cuarto de al lado. Ainhoa se incorpora en la litera superior y mira a la hermana.

AINHOA: ¿Qué pasa, Idoia? ¿Qué pasa, Idoia? ¿Estás despierta? ¿Que si estás despierta?

IDOIA: No, estoy soñando con doscientas gaviotas que anuncian el fin del mundo. No entiendo qué hacen aquí las gaviotas a 100 kilómetros del mar. Llevan toda la noche dando alaridos.

AINHOA: Es curioso. Yo a veces pienso que me llaman por mi nombre.

IDOIA: ¿Quién?

AINHOA: Las gaviotas. Y pienso... que es como... como si me quisieran avisar de que algo importante va a pasar en mi vida. ¿Por qué no duermes?

IDOIA: Imagínatelo.

AINHOA: ¿Es por el brazo?

IDOIA: No, no es por el brazo. Es por la falta de brazo.

AINHOA: ¿Te pica? ¿Quieres que te lo rasque?

IDOIA: No, me pica otra cosa.

AINHOA: Ya solo te queda una semana para que te quiten la escayola.

IDOIA: En qué momento tuve que hacerte caso y subirme a la copa de esa maldita haya.

AINHOA: Lo siento. Te apoyaste en una rama muy débil.

IDOIA: En la que tú me dijiste que me apoyara.

AINHOA: Me entendiste mal. Esa rama era muy floja para aguantar tu peso.

IDOIA: Claro después de un año aquí... me he puesto como una foca. Por lo menos habré engordado 8 kilos.

AINHOA: Alguno más... quizá.

IDOIA: *(Ofendida.)* ¿Cómo que alguno más?

AINHOA: Si quieres vamos hoy a la farmacia y nos pesamos.

IDOIA: Qué plan tan bueno. Y después vamos a comernos una ración de rabas, tortilla de bacalao y un chuletón de cinco kilos a la sidrería y nos bebemos una kupela entera de sidra. Para celebrarlo. Para celebrar que Idoia se ha puesto como una foca y pesa 70 kilos.

AINHOA: Lo siento, Idoia. Siento que por mi culpa te cayeras del árbol.

IDOIA: ¿Y a mí qué me importa que lo sientas? No me acostumbro a esta cama. Huele a ti. Huele a santa Ainhoa.

AINHOA: Si quieres cambiamos los colchones.

IDOIA: A ver si se me pega algo de tu santidad. ¿Esa que llora es la amatxo?

AINHOA: Llora entre sueños. Lo hace todas las noches. ¿Es que no la has oído antes?

IDOIA: Pues no. La habré confundido con el mastín o con el chirrido de las gaviotas...

AINHOA: Y a veces hasta pronuncia su nombre.

IDOIA: ¿Qué nombre?

AINHOA: El nombre de nuestro hermano pequeño.

(Pausa.)

IDOIA: ¿El de qué hermano...? ¿El de... Aitor? ¿Estás segura?

AINHOA: Mira... el otro día la grabé en el móvil.

*(Ainhoa pone una grabación en donde se oye un llanto deforme y un nombre balbuceado entre sollozos. **Aitor, maitía polita, oso ondo**)*

IDOIA: No entiendo nada de lo que dice. Parece un eructo de borracha.

AINHOA: Mira, fijate bien.

*(Lo vuelve a poner dos o tres veces. **Aitor, maitía polita, oso ondo**)*

Si te fijas bien dice: Aitor, Aitor... Aitor, *maitia polita*... ¿Lo ves? Mira, vuelve a escucharlo. ¿Tú sabes lo que realmente pasó con Aitor?

IDOIA: Pues claro. Lo del atropello. Pero, mira, prefiero no hablar de eso.

AINHOA: Si ahora viviera tendría 22 años y seis meses.

IDOIA: ¿Cómo puedes calcular la edad de un niño que murió con menos de 3 años, Ainhoa, y de quien apenas guardamos sino un recuerdo muy borroso?

AINHOA: Nuestro hermano no murió como dice nuestra madre que murió.

IDOIA: ¿Ah, no?

AINHOA: No murió atropellado.

IDOIA: ¿Cómo lo sabes?

AINHOA: ¿Quieres saber cómo murió realmente?

IDOIA: ¿De una enfermedad?

AINHOA: No... exactamente. *(Pausa.)* De un descuido terrible. También nos pudo pasar a nosotras. También nosotras sufrimos ese descuido. Me lo contó Ray. Un día ella se lo confesó. Y él me lo contó a mí. Y creo que él no se lo llegó a perdonar nunca.

IDOIA: ¿Y qué le iba ni le venía a Ray el negro en eso? Ni que fuera nuestro padre.

AINHOA: Yo sí le sentía en parte como un padre.

IDOIA: Porque por ti sentía debilidad. Eras su musa y su...

AINHOA: ¿Su qué...?

IDOIA: Su nada.

AINHOA: ¿De verdad que no sabes que nos pudo pasar lo mismo que a Aitor?

IDOIA: ¿Que nos pudo pasar qué?

AINHOA: Nuestra madre se remueve en la cama.

IDOIA. ¿Quieres contármelo de una vez?

AINHOA: Ahora no. Ella se está despertando.

IDOIA: Con todos esos güisquis y esos porros que se mete no se levanta hasta la una. Cada día está peor. Parece una mendiga con esa camisa rota de Ray que lleva siempre puesta.

AINHOA: Ayer nos llegó otra multa. Y encima después de que se han ido los veraneantes, ya apenas vendemos nada en el pueblo. Debemos ya 6 meses a la familia francesa. Bueno, cinco, porque septiembre se lo he pagado. Me muero de vergüenza cada vez que me los encuentro. No sé qué vamos a hacer para pagarlas todas.

IDOIA: Yo sí. Ir al polígono y abrimos de piernas con el primer camionero que pase.

AINHOA: Ya me he gastado la mitad de mis ahorros en pagar sus multas. Y encima se ha roto la lavadora. ¿A ver qué hacemos ahora para comprar una nueva?

IDOIA: Y lo peor de todo... es que un día va a acabar atropellando a una vieja o a un niño o se va a caer por un barranco.

AINHOA: No deberíamos dejarla conducir.

IDOIA: ¿Qué le pasó a nuestro hermano, Ainhoa?

AINHOA: El día de su cumpleaños, cuando éramos pequeñas, nuestra madre fue a hacerse uno de sus tatuajes. *(Pausa.)* ¿Me escuchas, Idoia?

IDOIA: Sí, te escucho.

AINHOA: Era un día muy caluroso de julio. Nos dejó a los tres dentro de la furgoneta más de tres horas con las ventanas cerradas. Aitor murió asfixiado y deshidratado y nosotras pudimos no contarle. Cuando llegó nuestra madre, estábamos todos desmayados y nuestro hermano agonizando o ya estaba muerto. Estuvieron a punto de quitarle la custodia sobre nosotras.

IDOIA: No recuerdo nada de eso.

AINHOA: Tenías 6 años y yo solo 4. ¿Cómo vas a acordarte? ¿Cómo vamos a acordarnos a esa edad de algo tan terrible?

IDOIA: ¿Quién te ha contado esa historia?

AINHOA: ¿Es que no me escuchas? Me lo contó Ray.

IDOIA: Si te lo contó ese hijo de perra, no sé si creérmelo. La amatxo nunca sería capaz de eso ni... de mucho menos. Es como una niña grande... pero no es así tan egoísta ni tan lerda... ¿Cuándo te contó eso?

AINHOA: ¿Y qué interés iba a tener en mentirme?

IDOIA: ¿Qué pasa? ¿Te ha vuelto a...? ¿Has vuelto a tener noticias de él?

AINHOA: ¿Noticias de... quién?

IDOIA: Noticias de Ray. ¿Te ha vuelto a escribir alguna carta?

AINHOA: Creo que ella se está levantando. Está canturreando una canción. Mejor vamos a seguir durmiendo.

. (Entra la madre con el pelo revuelto, una camiseta de cuadros arrugada y rajada de hombre, y las piernas desnudas y los pies descalzos. Se acerca a la mesa y bebe del culo de un vaso un poso pegajoso de güisqui. Luego se sienta en la silla de madera y apoya la cara en el respaldo con la greña ensalivada dentro de la boca. Murmura unas palabras ininteligibles. Trae un bolso hippie, pequeño, anticuado y descolorido, que pone entre sus muslos. Busca tabaco. Cuando ve que la cajetilla está vacía, hace un gurrño y la tira al suelo. Las hijas no se mueven en sus literas. Ainhoa finge dormir. Idoia se incorpora.)

IDOIA: Amatxo, ¿estás bien? (Pausa.) ¿Estás bien?

AMA: ¿Hablabas conmigo?

IDOIA: Te estoy preguntando si estás bien.

AMA. Estupendamente. Más feliz que esta ciruela claudia que se está agusanando.

AINHOA: ¿Por qué te has levantado tan temprano? Son solo las 5. Aún no ha amanecido.

AMA: Idoia, dile a tu hermana que no hace falta que me informe de la hora exacta, que tengo reloj. Y además siempre he tenido la facultad de calcular la hora y el tiempo cronológico y el atmosférico... por intuición. Hoy va a hacer un día alucinante. No me pica ninguno de mis tatuajes. Idoia, ¿tienes tabaco por ahí?

IDOIA: No sé si tengo o no. Pero estoy harta de que me gorronees.

AINHOA: Si quieres te bajo yo luego al pueblo. ¡Ay, no!... si hoy es Domingo. Tendrá que ser mañana.

AMA: Qué bien, domingo. Qué feliz domingo nos espera. Sin un cigarro ni una gota de güisqui que llevarse a la boca.

IDOIA: Amá... tienes toda esa camisa rajada y desteñida. ¿Por qué no la tiras a la basura?

AMA: ¿Qué dices...?

IDOIA: Que tienes toda esa camisa hecha una pena. Pareces una mendiga.

AMA: ¿Parezco una mendiga con esta camisa? Lo que soy. Parezco lo que soy. Pronto tendremos que irnos a vivir debajo de un puente y vosotras os tendréis que meter... a putas o meteros en un convento. ¿Qué preferís? *(Pausa.)* ¿Qué prefieres, Ainhoa?

AINHOA: Ninguna de las alternativas me atrae demasiado.

AMA: Pero... ¿si tuvieras que elegir...? ¿eh, qué elegirías? ¿Y tú, Idoia?

IDOIA: Pues yo... una temporada de puta y otra de monja. Para no aburrirme.

AMA: *(Se ríe blandamente.)* Y podríais alternar... cuando una ejercía de puta... la otra de monja... y viceversa. ¿Sabéis de quién es esta camisa que llevo? ¿Lo sabes, Ainhoa?

IDOIA: ¿Por qué no te vuelves a la cama, amá?

AMA: Porque quiero oír lo que estabais maldiciendo sobre mí. ¿Os creéis que la policía es tonta? *(Murmura.)* Esta camisa es de nuestro muy odiado y adorado Ray.

AINHOA: No estábamos cuchicheando nada. Solo haciendo planes para este domingo.

AMA: ¿Y qué planes estabais haciendo para este domingo?

AINHOA: Pues podíamos hacer una barbacoa en el jardín. Nos queda algo de chuletas de cerdo congeladas.

AMA: Una barbacoa... de chuletas de cerdo, mazorcas de maíz con mantequilla, litros de Pepsi-cola y hamburguesas crudas con salsa de barbacoa hechas con leña de encina y un apple pie...como en los buenos tiempos... cuando esta familia se parecía a una familia de verdad. De las que salen en los anuncios. Cuando éramos la familia de *La casa de la pradera*.

AINHOA: Bueno...no quería...Ni sé de qué familia estás hablando.

AMA: ¿Como cuando vivía Ray con nosotros y tú le acompañabas a coger leña al bosque, caperucita negra?

AINHOA: No me refería a eso...

AMA: ¿A qué te referías...?

AINHOA: Bueno... si vas a sacar las cosas de quicio, prefiero seguir durmiendo. Era solo una idea.

AMA: Es que tus ideas me dan bastante miedo a estas alturas. Me dan terror. Después de cada idea tuya me tendría que meter de golpe una caja de calmantes y una botella de güisqui con vidrios molidos... para poder soportarlas.

IDOIA: Si te metes eso, mejor que te lleves el pasaporte para el infierno. Amátxo, quiero dormir... ¿por qué no os vais a hablar a otro lado?

AINHOA: A mí también me gustaría dormir. Mañana tendré que lavar una tonelada de ropa a mano. Por si no lo sabes, la lavadora lleva rota una semana.

AMA: Claro, santa Ainhoa la limpia, virgen y mártir, tiene que lavar su ropa sucia. Si hicierais como yo... y no os cambiarais de bragas cada día.

IDOIA: Mira que eres *zikiña*, amá. Si quieres que con la regla... lleve una semana las mismas bragas, me lo dices, rica. Siento punzadas en los ovarios. Menuda semana que me queda con la regla y la mierda de escayola.

AMA: ¿Me gustaría ponerte algo en la escayola, Idoia?

IDOIA: Mejor mañana. Ahora no se ve y a saber dónde está el bolígrafo. Y para que me pongas una de tus rayadas místicas... como esa de... *Sé realista, pide lo imposible... o Si la mierda valía dinero, los pobres nacían sin culo*...El otro día en el mercado unas viejas empezaron a reírse de tus frases.

AMA: Solo pensaba escribirte ahí mi testamento. Nada más.

IDOIA: Sí sobre todo eso.... ¿Y qué me vas a dejar? Esas tres sillas desvencijadas y tu plantación de marihuana. ¿Por qué no te vuelves a la cama, amá? ¿No ves que queremos dormir?

AMA: Entonces, hijas, ¿cuál es el mejor plan para este domingo? ¿Meteros en el convento o en... el club de carretera?

AINHOA: No vuelvas sobre lo mismo. Que ya aburre.

AMA: A mí me aburre más el silencio mafioso de otras.

IDOIA: ¿Por qué no te vas a dormir?

AMA: Prefiero no dormir más. No dormir en un mes.

IDOIA: ¿Qué rayada te entra ahora, amatxo?

AMA: Llevo toda la semana soñando con él.

IDOIA: Si vas a hablarnos del puto Ray el negro, me voy a dormir a la caseta del mastín. No aguanto ya el monotema. Me van a salir quisquillas podridas en el cerebro.

AMA: No es con Ray con quien estaba soñando.

IDOIA: Con él sueñas a todas horas, dormida o despierta. Si te quitaras esa camisa de leñador toda desteñida que llevas de él y la quemaras.

AMA: Es con vuestro hermano pequeño. Es con Aitor con quien llevo soñando toda la semana.

AINHOA: ¿A qué viene hablar de eso ahora?

AMA: Es que yo necesito contároslo ahora. Antes de que sea demasiado tarde. Solo será un minuto. ¿Puedo quitaros un minuto de vuestro precioso sueño?

IDOIA: Sí, amá. Claro que puedes.

(Ainhoa se vuelve hacia la pared en su litera mostrándose poco receptiva, aunque a veces vuelve la cabeza para escuchar. Idoia se incorpora y se sienta en la litera.)

AMA: El sueño siempre es el mismo, aunque se repite con una ligera variación. Entra Aitor en mi habitación. Me ve abrazado a Ray en la cama. Y se queda mirando con una mirada extraña, triste y paciente, como si le diera celos. Tiene vuestra edad más o menos y viene con un traje impecable con chaqueta y corbata. Yo me pongo a fumar un porro. Él se acerca y me quita la colilla del porro. Luego me entrega un animal. Un animal que no acabo de reconocer, puede ser un gato, un hurón, un cachorro de mastín,

o una gaviota. Cuando cojo el animal en mi regazo, veo que la sangre le sale de la nuca y este se muere en mi vientre... en silencio, en total silencio, sin una sola queja. ¿Cómo podéis interpretar este sueño?

IDOIA: No sé, amatxo. No entiendo ni mis propios sueños. Esta noche estaba soñando con la familia de François. El padre estaba borracho en calzoncillos mirándome con cara de verraco. Mientras toda la familia dormía. Luego me decía que le ayudara a terminar un solitario.

AMA: ¿Y tú? Eh... ¿Y tú...?

AINHOA: ¿Hablas conmigo?

AMA: ¿Cómo llevas tu relación con nuestro vecino francés? ¿De forma más positiva y menos pasiva que la hermana?

AINHOA: ¿De qué me hablas?

AMA: El otro día os vi subiendo la cuesta juntos muy amigados y echándoos muchas risas.

AINHOA: Me lo encontré abajo en la carretera... ¿Qué quieres?, ¿que me hiciera la loca...?

IDOIA: ¿Te lo encontraste o te hiciste la encontradiza?

AINHOA: Si no os importa, quiero seguir durmiendo. No me apetece hablar del tema. Me da dolor de cabeza esta conversación. Al final soy yo la que me voy a tomar una caja entera de calmantes. Mira, ahora me voy a tomar dos, para no tener que escuchar más vuestras salidas de tono.

(Salta de la litera, va a un cajón y se mete dos valium con un trago de agua. Luego se sienta en una silla y mueve la cabeza con movimientos de rotación para relajarse.)

AMA: Ten cuidado no sea... que entre un ogro en tus sueños y te viole...en mitad del bosque. *(Pausa. Ainhoa le mira a la madre con inquina.)* ¿Así que no te apetece hablar del tema?

AINHOA: *(Mordiéndose el dedo.)* Mierda... se me ha clavado una astilla de tu maldita silla. Habría que tirarlas todas a la basura. ¿Sabéis donde andan las pinzas? Qué daño. ¿Dónde dejaste las pinzas, Idoia?

IDOIA: ¿Qué pasa, Ainhoa? ¿Es que tienes algo con él? ¿Te has enrollado con François? ¿Te lo has tirado aprovechando que yo estoy paralítica?

AINHOA: (*Chupándose el dedo.*) Tú de lo que estás paralítica es de la cabeza. ¿No ves que está metiendo cizaña? Es a lo único que se dedica desde hace un mes. ¿Dónde están las pinzas? Todo lo perdéis.

IDOIA: Como me entere que has tenido algo con él, te pisoteo la boca.

AINHOA: (*A la madre.*) Mira... mejor que no saques otra vez el tema... porque a lo mejor un día... pueden saltar chispas. Y es a ti a quien hay que pedirte cuentas luego. Y mejor me muerdo la lengua. ¿Alguien sabe dónde están las pinzas?

AMA: ¿Pueden saltar chispas? ¿De dónde? ¿De tus ojos de loba callada?

AINHOA: Vamos a dejarlo. No sea que se te acabe cayendo la cara de vergüenza... aunque ya sé que tú no conoces esa palabra... ni por el forro. Si maduraras algún día. Aunque ya tendrá que ser en el asilo, en el manicomio... o en la tumba.

IDOIA: ¿De qué va todo esto? Me tenéis harta. Me tenéis harta. Me tenéis enferma. Mañana me vuelvo a Eibar, aunque sea a rastras por las montañas y me clave mil zarzas en los ojos. Me tenéis harta con vuestras regañinas de gallinas viejas.

AMA: A mí las cosas claras y el chocolate espeso, bonita... Y si me tienes que acusar de algo me lo sueltas en mi propia cara, que puedo llevar la frente muy alta, no como tú. Yo sí que tengo que decirte algo...muy clarito. Y será la última vez... que te lo diga, zorra desgraciada, antes de que te vayas de esta casa.

(Saca una carta de su bolso doblada en tres pedazos y la muestra y luego la estampa en la mesa.)

¿Sabes lo que es esto, Idoia?

IDOIA: No lo sé, amá. Ni tampoco creo que me importe.

AMA. ¿Y tú lo sabes, Ainhoa?

AINHOA: Todas lo sabemos. ¿Para qué lo preguntas?

AMA: Respóndeme.

AINHOA: Es una carta de Ray dirigida a mí.... exclusivamente.

AMA: Ya no te da pudor ni empacho el reconocerlo.

AINHOA: No tengo nada de lo que avergonzarme. Ray no es nada mío.

AMA: ¿Así que Ray no es nada tuyo? ¿Seguro que Ray no es nada tuyo? ¿Te ha escrito muchas cartas como esta?

AINHOA: Puede ser. Unas cuantas. No las he contado.

AMA: Qué raro si tú lo cuentas todo. Siempre sabes el día y la maldita hora y el minuto en el que vivimos. Cuentas cada día, cada hora y cada minuto que pasó desde que él salió por esa puerta.

AINHOA: Será porque solo se vive una vez, que me gusta saber el día y la hora en que vivo.

IDOIA: ¿De qué va toda esta mierda, amá?

AINHOA: Sigue durmiendo, Idoia, o pintando flores en tu escayola... Esto no va contigo.

AMA: Claro que va con ella. ¿Quieres saber lo que Ray le ha escrito a su ojito derecho?

IDOIA: No me importa gran cosa a estas alturas lo que el cerdo de Ray se traiga o deje de traer con mi hermana. Como si la quiere invitar a Nueva Orleans o convertirla en su puta barata.

AMA: Pues te debía importar. ¿No te importa lo que tu hermana pequeña ha hecho a nuestras espaldas en todos estos meses con su padrastro? Con su padrastro... que casi le dobla la edad.

AINHOA: No es mi padrastro. No es nada mío. Y que yo sepa me saca 15 años. Casi los mismos que tú le sacas a él.

AMA: A ti es a quien se te tenía que caer la cara de vergüenza.

AINHOA: Ray no es nada mío. ¿Cómo te lo tengo que decir? ¿Me devuelves esa carta? No es de tu incumbencia. Nada de lo que viene en esa carta va contigo. ¿Es que te menciona en algún momento? Te habrás dado cuenta que ni siquiera me manda recuerdos para ti. Ni un maldito saludo ni una sola palabra...

AMA: Tienes el corazón más negro que una madriguera de hurones. Y lo más gracioso de todo... es que la muy cínica ni siquiera se molestó en ocultarla. Me la dejó ahí encima de su litera, para que me la comiera con patatas... para que leyera letra a letra todo lo que le ponía... para que me destrozara el corazón leyendo esta carta.

AINHOA: ¿Y para qué tenía que ocultarla? Yo nunca le di ningún motivo para que me acabara odiando o cogiendo asco.

AMA: Él a mí nunca me cogió asco. Él me quería hasta el final con un amor puro, alegre y violento.

AINHOA: Parece mentira lo poco que le llegaste a conocer. No sé cómo después de leer esta carta, no te has caído del guindo.

AMA: No sé sinceramente qué ha podido ver en ti. Es a ti a quien no conoce. No conoce tu corazón de escolopendra. Toma Idoia, para que veas como es tu hermana.

AINHOA: *(Levantándose.)* Dame la carta a la una.

AMA: No me da la gana. ¿Es que te da miedo que tu hermana sepa lo que pone?

AINHOA: Sí, mucho miedo. Me tiemblan hasta las orejas. Dame la carta a las dos.

AMA: No te acerques, Ainhoa. *(Coge la silla 3 con pulso tembloroso.)* No respondo de mí.

AINHOA: ¿Es que piensas romperme la cabeza con esa silla? Eres patética. Ni siquiera tienes fuerza para cogerla. Tiemblas como un pajarito. La bebida y la marihuana te han consumido. Debes tener los pulmones tan amarillos como los dientes y tan rotos como esa camisa de leñador de Ray. Dame la carta a las tres.

(Ainhoa se acerca y le arrebató la carta a la madre. Esta trata de golpearla con la silla 3 que apenas se sostiene en su muñeca temblorosa. Idoia se interpone y ella le lastima su brazo escayolado. Vuelve a la litera y se queja en silencio del dolor punzante. La madre se cae sobre la silla de madera y luego se desploma en el suelo con la silla boca abajo. Se oye su llanto blando y acezante. Ainhoa coge la silla y la recoloca mirándola sin compasión. Luego pone un pie sobre la silla dominante e implacable.)

AINHOA: Deja a tu silla preferida en paz. No sea que un día te envenenen los buenos recuerdos. Muchas gracias por devolverme mi carta. Y ahora voy a seguir durmiendo, antes que se me pase el efecto de las pastillas. Así que mejor que te vayas a dormir tu alegre borrachera a tu cuarto para que sigas soñando con el hombre de tu vida. Y a partir de ahora, no cogerás más la furgoneta. Estoy harta de pagar tus multas. Y también se acabó el güisqui y la marihuana. Ayer arranqué hasta la última planta del huerto.

AMA: ¿Con qué dinero pagabas mis multas? ¿Con qué dinero pagabas todo lo de esta casa? *(Pausa.)* Ray te mandaba dinero, ¿verdad?

AINHOA: Sí, claro, que me mandaba dinero. Si no me hubiera mandado dinero estaríamos debajo de un puente comiendo hierba. Y aun así debemos cinco meses a la familia francesa. Y si queréis os vais al polígono y os abris de piernas las dos para pagarlo, porque yo ya no pienso poner ni un duro.

IDOIA: (*Dolorida acariciándose el brazo.*) ¿Cuánto dinero te mandaba? Con eso seguro que podías haber pagado de sobra todos los atrasos y hasta alquilar una casa en Eibar. Pero, seguro que te lo estás guardado para ti, maldita tacaña.

AMA: Me da asco solo mirarte. Quítate de mi vista. Mañana te irás de esta casa. Te irás para siempre, ¿me has oído? Para siempre.

AINHOA: Sí me iré, claro, que me iré. Me iré hoy mismo ¿Y sabes quién vendrá a recogerme?

IDOIA: Creo que se me ha vuelto a dislocar el hueso. Me duele un montón.

AMA: ¿Dónde está él?

AINHOA: No te importa saberlo.

AMA: ¿Dónde está él?

AINHOA: ¿Y para qué quieres saberlo?

AMA: ¿Vive cerca de aquí? ¿Os habéis visto a menudo? ¿Has visto a Ray? ¿Le has visto?

AINHOA: ¿Qué si le he visto? (*Se ríe.*) ¿Qué si le he visto? ¿A ti qué te parece?

AMA: ¿Quieres hablar claro? ¿Dónde vive Ray? ¿Me lo vas a decir de una vez? ¿Nunca volvió a América, verdad? ¿Nunca salió de aquí, verdad?

AINHOA: ¿Sabes por qué Ray te dejó al final?

AMA: ¿Dónde vive Ray? ¿Me lo dices de una vez o te parto la cabeza a silletazos? Idoia, llama a la policía, porque no respondo de mí.

IDOIA: Adonde hay que llamar es a una ambulancia para que traigan un electroshock y una escayola nueva. Me has vuelto a partir el brazo.

(Idoia solloza dolorida. La madre se acerca y coge un cuchillo carnicero. Ainhoa se refugia detrás de una silla sin mostrar temor.)

Amá, suelta eso. Suelta el cuchillo, por favor. Suéltalo. No hagas una locura. Deja que la zorra de Ainhoa se vaya con él. No la necesitamos para nada.

AMA: ¿Cómo me has podido hacer esto, Ainhoa? ¿A tu propia madre?

(La madre suelta el cuchillo)

AINHOA: ¿Sabes por qué Ray te dejó al final?

AMA: Vete de esta casa y no vuelvas más.

AINHOA: Me iré cuando me tenga que ir. Es mi casa también.

IDOIA: Amá, vuelve a la cama Si quieres yo duermo a tu lado. Nos tomamos un par de pastillas y nos serenamos un poco. Es temprano todavía. A ver si se me va pasando el dolor.

AINHOA: No te dejó por tus desvaríos de niña eterna, tu inconsciencia peligrosa... y porque nunca supieras madurar...Ni siquiera... porque con tu descuido atroc abandonaras en una furgoneta a nuestro hermano Aitor, cuando no había cumplido los tres años durante toda una tarde entera para hacerte uno de tus malditos tatuajes...y casi nos mataras a nosotras también de asfixia...Cuando eras una madre hippie, alegre, negligente y enrollada... Eso a él ni le iba ni le venía, pues al fin y al cabo no era nuestro padre y le quedaban todavía muchos años para conocernos...para conocerte a ti y para conocerme a mí. Te dejó... por una cosa mucho más simple. Le llegaste a asquear... no soportaba el olor de tu cuerpo, tus pecas, tu dejadez en el vestir, tu pecho caído, tus tatuajes pasados de moda, tus palabrotas, tus jadeos de perra salida... y tu sucio aliento a güisqui y marihuana. Y ahora será mejor que todos nos tomemos una caja de pastillas para calmarnos. Buenas noches o mejor... buenos días, madre.

Oscuro lento.

EPÍLOGO

Dos horas después. Son cerca de las siete y está amaneciendo. Ainhoa duerme profundamente en su litera con un leve ronquido. Idoia también está dormida. Las sillas en primer término.

SILLA 2: Parece que ya todo se ha calmado.

SILLA 1: Claro, si se han metido cada una un par de pastillas.

SILLA 3: ¿Todas duermen?

SILLA 1: Creo que todas duermen profundamente, salvo la madre.

SILLA 3: Su cama debe ser un lecho de ortigas, después de conocer lo que ha conocido.

SILLA 2: Nunca hubiera imaginado que la hija guardara un nido de negrura en su corazón.

SILLA 1: Creo que la madre también duerme. Se la oye roncar suavemente.

SILLA 2: Y encima empieza a llover fuera, como si se acabara el mundo.

SILLA 3: Qué domingo tan triste.

SILLA 2: Sí, qué domingo tan triste.

SILLA 1: ¿No oléis a algo extraño?

SILLA 2: Debe ser uno de los cigarros de marihuana de la madre.

SILLA 1. No, huele a lana quemada. Como cuando a Idoia se le cae la ceniza encima de nuestro tapizado descolorido.

SILLA 3: Huele a tela quemada y a humo.

SILLA 2: Está entrando humo por debajo de la puerta.

SILLA 1: Debe ser la madre que se ha quedado dormida con el cigarro y está ardiendo el colchón en el que duerme.

SILLA 3: Pronto el fuego llegará hasta aquí y arderá todo el desván del caserío.

SILLA 1: Con nosotras dentro.

SILLA 2. ¿Qué podemos hacer, primas?

SILLA 1: No sé lo que podemos hacer.

SILLA 3: Yo no quiero morir quemada como si fuera un tizón.

SILLA 1: Ni yo tampoco.

SILLA 3: Si fuéramos seres humanos, gritaríamos y avisaríamos a las dos hermanas para que escapen de una muerte segura.

SILLA 1: Pero no somos seres humanos.

SILLA 2: Si fuéramos seres humanos, correríamos y saltaríamos por la ventana.

SILLA 3: Pero no somos seres humanos.

SILLA 1: Si fuéramos seres humanos, rezaríamos.

SILLA 2: Pero no somos seres humanos.

SILLA 3: Ya el fuego está entrando por la puerta.

SILLA 2: ¿Por qué no os acercáis, primas, hasta aquí? Me siento demasiado sola. Me he sentido siempre demasiado sola en este mundo.

SILLA 1: ¿Dónde estáis, primas? Ya no os veo apenas con el humo.

SILLA 3: Yo estoy aquí. Un paso más y estaremos las tres juntas.

(Las sillas se aproximan mientras una sola llama las consume a las tres al mismo tiempo..)